

El corazón lleno del verdadero amor: Una experiencia inolvidable

Karina X. Rodríguez Espinosa
Docente programa de Fisioterapia

Juan Pablo Arévalo
Valeria Bolaños
Natalia Basante
Angie Lara

Estudiantes programa de Fisioterapia
Facultad de Ciencias de la Salud

El programa de Fisioterapia de la Universidad Mariana, junto con la docente Karina Rodríguez, nos brindó la oportunidad de experimentar una de las mejores experiencias que muy pocos tienen el privilegio de conocer: la oportunidad de compartir con personas, con quienes muchos individuos jamás pensarían ni siquiera cruzar una sola palabra, porque han sido estigmatizados y juzgados por hechos que en alguna instancia fueron incorrectos para la sociedad. Nos referimos a los jóvenes que conforman la comunidad del Centro de Orientación Santo Ángel.

La gran mayoría de la población cree que en estos centros de orientación se encuentran recluidas personas sin valores, sin sentimientos, sin futuro; posibles matones o asesinos de la sociedad, a los cuales tachan de malandros o personas inservibles para la comunidad, pero nadie se pone a pensar la causa de su actuar; en diversas ocasiones muchos juzgamos a las personas sin ni siquiera conocerlas y los tachamos de malos o buenos, por una sola acción.

Les contaremos nuestra experiencia de vida, la cual consideramos que podría abrir los ojos y el corazón a muchas personas que aun en su mente y en su alma no tienen un espacio para esta población. Dentro de nuestra carrera miramos una hermosa y fantástica materia llamada Observación, la cual nos prepara para entrar con mucha más seguridad a nuestro campo de práctica. Durante los primeros días del desarrollo del espacio académico, teníamos que escoger el lugar donde queríamos experimentar esta nueva etapa de nuestra vida, y un grupo de 4 estudiantes nos atrevimos a ir a un lugar donde algunos no querían asistir, por su pensar errado sobre este lugar.

El primer día que llegamos a nuestro lugar de práctica nos encontramos rodeados por muchos jóvenes que nos miraban como si jamás hubieran visto población humana, y nosotros, mentalmente, sólo pedíamos a Dios, que no nos

hicieran daño. Muy temerosos entramos juntos, sin querer alejarnos los unos de los otros, pensando que ésta era una buena estrategia para sentirnos más seguros. Una vez en este lugar, comenzamos a realizar nuestro trabajo y nos dimos cuenta, en primera estancia, que el sitio donde estos chicos se encuentran no es una cárcel, y ni siquiera se parece a una; más bien, es un espacio parecido a una escuela; tiene salones, canchas, comedores, etc. Y nuestra mentalidad comenzó a cambiar, al no encontrar jóvenes con caras cortadas en forma de malandros ni con formas de hablar y de actuar muy diferentes a las que escuchamos diariamente a nuestro alrededor.

A los pocos minutos de estar en este lugar, comenzamos a entender que estas personas no representaban un peligro para nosotros y nos comenzamos a sentir un poco más tranquilos. Al transcurrir los días de práctica, los chicos de esta población comenzaron a hablar con nosotros y a compartir juegos, como si fuéramos uno más de ellos; muchos nos contaban sus problemas personales mientras desarrollábamos nuestras terapias; poco a poco comenzábamos a cambiar nuestra burda mentalidad de pensar que esta población en lo único que piensan es en robar o hacer cualquier tipo de fechorías.

Pasaban las semanas y cada día que visitábamos nuestro lugar de práctica nos sentíamos como si llegáramos a nuestro hogar, donde están todos nuestros familiares y amigos, esperándonos con los brazos abiertos y con una muy grande sonrisa en sus rostros. Ir a este lugar ya no era una obligación académica, sino más bien el gusto de ir a visitar a nuestros amigos y saber que podíamos ayudarles personalmente.

¿Saben? Nosotros, como fisioterapeutas, damos nuestro trabajo para mejorar las vidas de las demás personas, sin esperar jamás nada a cambio por ello; pero en este lugar recibimos la mejor paga que nadie en este mundo nos podía hacer: nos die-

ron a cada uno un millón de abrazos, de sonrisas, de momentos que marcaron nuestras vidas. Con seguridad podemos afirmar que estos chicos rehabilitaron nuestra mente y nuestro corazón.

Gracias a esta hermosa experiencia, aprendimos que no hay que juzgar a las personas sin saber por qué están en un determinado lugar; muchos de los chicos nos permitieron ver a través de sus ojos, la ventana que hace ver su alma y su corazón; esto cambió realmente nuestras vidas como profesionales y nuestra vida personal.

En la profesión de fisioterapeutas, es poco común trabajar con poblaciones como ésta, ya que su enfoque ha sido más, clínico y deportivo; por lo tanto, haber realizado con ellos actividad física, sin pretenderlo nos enseñó el verdadero significado de prestar ayuda a los demás, sin buscar nada a cambio. Es increíble el afecto que estos jóvenes despertaron en nosotros en el corto tiempo en que estuvimos con ellos. ¡Y creer que hay personas que aunque hayan fallado y hecho daño, tienen las ganas de superarse y tener un mejor futuro para ellos y sus seres queridos! Culminar esta experiencia tocó nuestros corazones; si bien fue triste apartarnos de ellos, fue gratificante saber que contribuimos a que su futuro fuera mejor.

Hoy llevamos en nuestro corazón a muchos amigos que jamás podremos olvidar, porque nos enseñaron que cuando uno cae al suelo, siempre tiene que pararse y ser cada vez más fuerte para no volver a caer; gracias a ellos aprendimos que muchos aún están errados en su pensar al creer que esta población son el desecho de la sociedad. Están equivocados: muchos de ellos son incluso mejor persona que algunos de los que están afuera e inclusive podrían estar junto a usted. Lo queremos invitar a que antes de juzgar a alguien, se dé el trabajo de conocerlo o al menos hablar y preguntar por sus problemas o necesidades.